

TORRES Y CASTILLOS BURGALESES

Cuando las facultades de la naturaleza humana se resienten por el peso de los años, y no se pueden proseguir las andanzas turísticas a través del variado y pintoresco escenario que ofrece la dilatada geografía burgalesa, es cuando los recuerdos de felices jornadas acuden abundantes a la mente; cuando la nostalgia incrementa la distancia de aquellos días y de aquellas energías, y, cuando la gratitud y el afecto encuentran acogedor albergue en las intimidades del corazón para reverenciar a los queridos compañeros de tan venturosas expediciones.

Entonces, la sucesión de recuerdos halla una estrecha relación con las citas de la historia, y nos presenta a los hombres que nos precedieron en la lejanía de los siglos, dejando reflejos de su espíritu guerrero y patriótico, en esos baluartes de piedra que siluetan la inmensidad de los horizontes castellanos.

Entonces, es cuando surgen arrogantes en la imaginación todas esas ruinas de torres y castillos, que ennoblecen la tierra donde se asientan con la bizarría de sus hazañas y con los nombres de aquellos esforzados guerreros que supieron defender el suelo patrio y afrontar las invasiones musulmanas.

Al hablar de torres y castillos, seducido por la idea de su más primitiva aparición, quisiera comprender a cuantos aparecen como de época posterior, considerando la posibilidad de representar el resurgimiento de otros anteriores que pudieron ser destruídos.

«Hablar de castillos en Castilla». ¿No les suena a ustedes como algo íntimo, algo familiar o algo propio? Sin embargo, que poca consideración han merecido a los burgaleses, a pesar de su importancia y de su trascendencia en la historia de España. «Hablar de castillos en Castilla», hablar de castillos en el corazón de la región que se bautizó con su propio nombre.

Nombre sonoro, nombre evocador y marcial que surgió al ardor de la lucha, en los avances y retrocesos de la contienda; nombre que se divulgó en el esfuerzo cristiano para alejar los campos de batalla; nombre patriótico y gallardo, nacido en la aurora que liberó a España del poder agareno.

¿Qué hubiera sido de Castilla sin sus castillos? Enclavada y formando parte de Cantabria, de aquélla que conoció y no pudo dominar el imperio romano, hubiera avanzado a través de los siglos, desarrollando su ruda cultura de trabajo, austeridad y patriotismo; aquella austeridad y patriotismo que abatieron el ánimo del Emperador Augusto, y le hicieron regresar a Tarragona sin lograr una victoria.

Nace Castilla en el fragor de la lucha, cuando los cristianos erigen fortificaciones para tener un parapeto que oponer a los invasores y un refugio que ofrecer al monje y al campesino que acompañan a cada soldado, y levantan esa serie de fortalezas, que, en sus emplazamientos cercanos a las cuencas de cinco ríos marcan las etapas de los avances [y de las victorias.

Considerando la gallardía de tanto baluarte, y el titánico esfuerzo para su edificación sobre acantilados rocosos en cumbres afiladas e insignificantes, se puede vislumbrar una supuesta idea del sacrificio humano, no solo para transportar los sillares y elevar sus cimientos en sus arriesgados emplazamientos, sino para sostener aquellas posiciones, defenderse de los asedios, y contrarrestar con tenacidad y con valentías las acometidas enemigas.

Contemplando ahora las brechas abiertas en sus muros y el estado ruinoso de tanto testimonio elocuente de nuestra historia, parece sentirse la punzada de una aguda espina que se clava en la fibra más sensible del amor patrio, al considerar la indolencia de las generaciones, que, ciegas ante el espectáculo demoledor del tiempo, y sordas ante la llamada de la conciencia, vieron impasibles el desmoronamiento de sus venerables reliquias.

Si estas ruinas aparecen pintorescas en la fotografía y representan epopeyas dignas de orgullo y veneración, deben verse también a través del fuero interno para comprender la existencia de un deber moral en la empresa de su conservación y posible restauración.

En la contemplación de tantas ruinas, podemos apreciar con sentimiento, y también con vanagloria, que no son más que espectros evocadores de su pasada grandeza; de los asaltos sufridos en los años que duró la contienda y que apenas hay un baluarte burgalés sin múltiples desgarros en sus murallas, mostrando a la posteridad las huellas de sus heridas.

Estos, aún enhiestos y firmes en sus esqueléticas figuras, son testimo-

nios vivientes de unas centurias y de una trágica existencia; pero otros, aún más desgraciados por haber desaparecido, sólo perseveran en los libros de la historia. Acaso más combatidos, y, desde luego, más infortunados, son desconocidos y sus gestas insospechadas.

Estos baluartes desaparecidos señalan los lejanos siglos de sus heroicas actividades y las fechas más primitivas de la Reconquisia nacional. Así lo demuestran los lugares de su emplazamiento; al principio, en los pasos estratégicos del alto Ebro, donde el duque Pedro de Cantabria sostuvo con feliz arrojo, desde su fortaleza de Tedeja, en el desfiladero de la Horadada, la primer batalla librada en el Norte por los cristianos, consiguiendo rechazar un avance de la invasión árabe.

A medida que se afianzaba la resistencia de este magnate, y sucesivamente las acometidas de sus hijos D. Alfonso y D. Fruela, avanzaba la ocupación de terrenos y la edificación de castillos, y, a su amparo, surgía la vida en los poblados y reaparecía la agricultura.

Y después de estos príncipes, los propios Condes sucesores, en sus afanes de recuperación del suelo patrio, erigían fortalezas por Amaya, Urbel, Petralata, Valpuesta, Espinosa, Castrobarro, Medina de Pomar, Pancorbo, Frías, Monasterio de Rodilla, Losa, Mirada de Ebro, Mena, Siero, Cuevarana, Caderechas, Poza de la Sal, Burgos, Ubierna, Lara, Castrojeriz, etc., etc. para que sus guarniciones consolidasen los avances cristianos.

Así, estableciendo líneas avanzadas con los castillos construídos en cada ofensiva, se prolongaba la extensión de terrenos recuperados, se prodigaba contantemente el nombre de los castillos, y se jalonaba con ellos la región, que, de la Cantabria y Norte de la actual provincia de Burgos, había de surgir Castilla, valerosa y vibrante, con su denominación heroica sonora.

Si estas fortalezas, y acaso algún castro ibérico de origen anterior, fueron los primeros soportes burgaleses de la Recuperación nacional, bien merecen que se les dé a conocer y que se procure la conservación de sus ruínas, para que las generaciones sepan valorarlas y tributarlas su consideración y afecto.

Entre ellas se puede precisar que, ya a principios del siglo VIII, se destacó la resistencia hecha por el duque Pedro de Cantabria, en el paso del Ebro, gracias a la fortaleza que allí pudo erigir después de abandonar la Peña de Amaya, donde primeramente intentó detener el avance musulmán.

Posteriormente, durante el mismo siglo VIII, la expansión de las fuerzas acaudilladas por sus hijos D. Alfonso y D. Fruela, marcaron una primera línea de recuperación, con la erección de más torres y castillos,

para procurar la defensa de los lugares, en su intento de repoblación, pero los ataques de fuertes contingentes enemigos, mandados por Muza ben Muza, en el año 855; Abderrahmen, en los años 863, 865, 866 y 867, y por el Príncipe Almondir, hijo de Mohaned I, en 867 y 883, obligaron al repliegue de los cristianos. Hasta que las subsiguientes presuras lograron desalojar al enemigo, reconstruir los castillos que habían derribado y con ellos formar una fuerte cortina defensiva; primero, a lo largo de la cuenca del río Ebro; años después, pasaron a la del Arlanzón y del Arlanza; más tarde, a la del río Esgueva, y, finalmente, a la cuenca del Duero.

La «Historia del Condado de Castilla», escrita por Fray Justo Pérez de Urbel, nos relata las vicisitudes que tuvieron que arrostrar nuestros antepasados durante la invasión sarracena; los ímpetus y arrogancias de los refugiados cuando se atrevieron a salir de los repliegues montañosos de Cantabria los primeros núcleos de combatientes, y, posteriormente, las alternativas en la lucha durante las etapas de recuperación, cuando el horizonte cambia de fisonomía, la expansión se acentúa, y cuando las siluetas de tanto castillo llegan a dar nombre, espacio y ocasión al nacimiento de Castilla.

En mi deseo de presentar a ustedes una extensa colección de torres y castillos burgaleses, he llegado a fotografiar unos ochenta distintos, entre las noventa diapositivas transparentes en color y las ochenta y cinco ampliaciones en cartón, expuestas en esta conferencia.

Gracias a la gentileza del Tesoro Artístico Nacional, se exponen también unos cuantos planos para completar la descripción de sus plantas actuales.

Esta labor, aunque parezca copiosa, no representa más que, aproximadamente, la mitad de lo conocido por los historiadores. Desde luego, son el resultado de mi preocupación y esfuerzo en años recientes, porque conocer su existencia y emplazamientos y descubrirles, no es tarea sencilla, y menos aún desplazarse a más de cien kilómetros de distancia para localizarles y para ascender por los terrenos escabrosos a las alturas, poco menos que inaccesibles, donde se hallan situados, para alcanzar a fotografiarles.

Además, existen grandes extensiones de terreno que, por su alejamiento, por lo abruptos que son y por las muchas dificultades que presentan para ser explorados, se desconoce cuántos restos de fortalezas primitivas albergan, como sucede en la Sierra de la Tesla, sobre el Ebro, donde se atrincheró el duque Pedro de Cantabria, para enfrentarse con los árabes: donde se sabe que se libraron los primeros choques con las fuerzas invasoras; por allí estuvieron emplazados los castillos de Tedeja, Malvecino, Bellavista y Montealegre, y donde los moros en sus razzias destruyeron la ciudad de Vielso.

Nuestro primer caudillo, el valeroso duque de Cantabria, apenas tuvo tiempo de refugiarse en Amaya con los pocos hombres que le pudieron seguir, cuando llegaron las huestes sarracenas en su arrolladora incursión del año 714, y tuvo que abandonar la posición para retirarse a otro lugar más propicio donde organizar la defensa del territorio con los refugiados en las escabrosidades que le quisieron acompañar.

Entonces fue cuando parapetándose en las riberas del río Ebro, en uno de aquellos pasos estratégicos que le deparaban las vertientes rocosas de la Horarada, en el desfiladero cercano a Trespaderne, halló un refugio apropiado, que pudo acondicionar para contener a las hordas africanas, y causarlas la primer derrota, porque allí las sorprendieron en el año 715/716 en su avance por la Bureba, y de allí no pasaron en su intento de invadir la Cantabria.

Por las referencias de algunos historiadores que se hacen eco de este episodio en suelo burgalés, se cree que el Duque Pedro de Cantabria se halla enterrado en una ermita cercana al lugar donde estuvo emplazado el fuerte que se hizo construir en la Peña Tedeja, en el paso de la Horadada.

Es muy sensible no poder ofrecer a Vds. una fotografía de los restos que pudieran quedar de este lugar porque, hasta la fecha, a pesar de las pesquisas hechas en Cillaperlata, y en Tartalés de Cilla, no le he podido localizar.

Tampoco existen fotografías de otros baluartes, también muy interesantes, donde se sucedieron los encuentros con los moros en tierras burgalesas, porque sus restos han desaparecido, o acaso, no han sido acertadamente localizados.

Ante esta lamentable situación, hemos de recurrir a proyectar fotografías de baluartes hallados en aquella parte del Norte de la provincia de Burgos, que, aunque no sean restos originales de primitivas fortalezas, y, acaso no anteriores al siglo XIV, representan los lugares más avanzados, y posiblemente, los recuerdos de las que existieron en los primeros años de la Reconquista.

Esta primera serie, comprende fotografías de restos encontrados en:

FRIAS

Estas ruinas vistosas, acaso las más pintorescas del Norte de España, son los restos airosos que sucedieron a otra construcción anterior muy primitiva, ya que se cita como uno de los castros romanos levantados por las huestes de César Augusto; a mediados del siglo VIII, fue reconquistado por Don Fruela y su hermano Don Alfonso cuando estaba ocupado por

los árabes, y más tarde fue una de las fortalezas destruídas por los ejércitos de Abderrahmen.

Ultimamente perteneció al señorío de la casa Velasco, Condes de Haro y Duques de Frías por donación de Don Juan II en el año 1446.

Su puente fortificado sobre el río Ebro, es uno de los pocos que se conservan de la época medieval, y uno de los atractivos más evocadores de su pasada arrogancia.

Su actual castillo roquero, levantado como otros muchos para guardar el paso del río Ebro contra los musulmanes, parece haber sido reconstruído en el siglo XIV, acaso contemporáneo a la edificación del puente. Destaca su bella y erguida silueta sobre el borde del peñón donde se asienta, y aparenta perder el equilibrio en riesgo inminente de caída.

VALPUESTA

Circundada esta villa de elevadas montañas llenas de vegetación y abundantes nieves durante el invierno, dan curso a varios manantiales y arroyos que fecundan el estrecho valle donde se concentran. Parece como si hubiera sido elegida la fundación de esta villa para establecer una plaza fuerte, rodeada de un foso natural, lleno de agua constantemente por las corrientes del río Flumencillo.

Y, que tal vez influyó esta consideración en el ánimo de su fundador, lo prueba el espesor de veinte pies de su gruesa muralla, su torre fuerte, tres sólidos arcos de paso con dos puentes levadizos que tuvo, y puertas reforzadas de hierro, con rastrillos.

Enclavada en los límites de Cantabria, es indudable que sus moradores tuvieron que afrontar, no sólo las arrogancias de los ejércitos romanos en los primeros años de nuestra Era Cristiana, sino también los fieros asaltos de las huestes musulmanas, que no debieron conseguir su posesión.

SANTA GADEA DEL CID

Muy reducidos son los restos que se conservan de este importante castillo, conocido antiguamente con el nombre de Término.

Se halla erigido sobre un montículo que se destaca sobre el caserío de la población y el recinto amurallado que le rodeaba para guardar el paso de la calzada romana.

Es uno de los poblados mas antiguos de la provincia, que se cita en documentos del Conde Don Diego, fechado el año 863, y muy frecuentemente reterido en los luchas contra los moros.

VIRTUS

Parece que fue erigido este castillo en el siglo XV por Don Pedro Fernández de Velasco, para señorear el dilatado poderío de su patrimonio. Pasó posteriormente a posesión de la familia Porras.

Su actual propietario Sr. Díaz, ha reconstruido el año 1960 uno de los ángulos del torreón central, que había sido demolido en 1938, y se ha preocupado de restaurar sus ajimeces, barbacana, cubos y su escudo de cinco lises.

LOMANA

Los elevados muros de este castillo-palacio, sugieren haber formado parte de una gran fortaleza en los tiempos de su esplendor.

Erigido posiblemente por el Duque de Frías en el siglo XV para establecer relación con otras cercanas, y conservar la supremacía de su dilatado señorío.

Lugar perteneciente al Ayuntamiento del Valle de Tobalina, que se cita en documento de fundación de la Comunidad de San Martín de Losa, en el año 853.

QUISICEDO

Casa fuerte cedida por Don Pedro Fernández de Velasco, en el mayorazgo establecido el 14 de abril de 1458 en favor de su hijo Don Pedro, con términos, vasallos, jurisdicción y rentas.

ESPINOSA DE LOS MONTEROS

Tal vez, el origen de esta fortaleza procede de tiempos tan remotos como el principio de la Reconquista nacional, cuando las huestes de Alfonso I y de su hermano, Don Fruela, reanudaron los ataques contra los árabes, que había iniciado su padre, el Duque Pedro de Cantabria.

En las dos fotografías que se proyectan, puede apreciarse la solidez de esta fortaleza, que debió estar circundada de murallas, aprovechando el foso natural de un arroyo que la rodea, dispuesta para albergar numerosa guarnición, y para afrontar los ataques de fuerzas enemigas en prolongados asedios.

Fue reconstruida durante el reinado de Alfonso VI, y en 1458 formaba parte del mayorazgo fundado por Don Pedro Fernández de Velasco, en favor de su hijo Don Pedro.

MEDINA DE POMAR

La grandiosidad de este castillo-palacio erigido en el siglo XIV por la familia Velasco, refleja bien elocuentemente, cuál fue el poderío de su fundador, el Duque de Frías, y que esta población fue la residencia favorita de su Señorío.

El aspecto exterior de esta fortaleza, declarada Monumento Nacional, aparenta una conservación bastante esmerada, pero al acercarse o penetrar en su interior, decae el ánimo al contemplar su desolación, la desaparición de sus plantas residenciales, y hasta los frisos de yesería mudéjar que las ornamentaban.

Circundado de profundo y ancho foso todo su recinto amurallado, era en sus tiempos una sólida fortaleza, a la vez que el palacio señorial más suntuoso de aquellos magnates.

Aunque la edificación de este baluarte no sea anterior a los siglos finales de la Edad Media, es de creer que otros más primitivos le precedieron, puesto que, según dice el Sr. Sáinz de Baranda: «fue plaza fuerte desde los tiempos anteriores a Roma». Y se cita en diversas ocasiones durante la Reconquista nacional.

VILLALAIN

Se trata de una torre cuadrada del siglo XIV, que aún se conserva erguida por hallarse adosada a una edificación reciente que la protege.

Fue casa torre habitada para residencia de la familia Díaz de Isla.

VILLASANA DE MENA

Se tienen noticias de haber sido fortificada y amurallada esta población en el año 1260 por don Sancho Sánchez de Velasco.

La torre que nos sirve de testimonio en la fotografía, tal vez sea sucesora de otra anterior, porque dada la situación geográfica de la villa, tuvo que afrontar el paso y las invasiones moras de los siglos VIII y IX, y ser defendida por los cristianos desde alguna fortaleza erigida a tal fin.

Por documentos posteriores, se sabe que esta casa fuerte fue donada por don Pedro Fernández de Velasco, en el mayorazgo fundado el 14 de abril de 1458 para su hijo don Pedro.

GONZALO MIGUEL OJEDA

(Continuará)